



Artículos de Investigación

Entre microcréditos, organizaciones y contactos. Migración, política y mujeres en un barrio de la Ciudad de Córdoba

María Victoria Perissinotti

Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad - Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad
Nacional de Córdoba
Argentina
vperissinotti@gmail.com

Resumen

Inspirada en los aportes de una perspectiva analítica que busca indagar las prácticas políticas en su dimensión vivida, en este artículo exploro las modalidades de participación e involucramiento político de un grupo de mujeres migrantes que vive en la periferia urbana de la ciudad de Córdoba. Con este objetivo, reconstruyo el proceso a través del cual se avocaron a conseguir su acceso a diversos programas de microcréditos gestionados tanto por ONGs y organizaciones sociales, como por el Estado. El trabajo etnográfico muestra que las experiencias de estas mujeres se encuentran enraizadas en organizaciones territoriales y políticas que exceden la cuestión migratoria y que se vincula con un contexto global en el que los microcréditos se presentan como una manera efectiva de alivio a la pobreza. A partir de allí, reflexiono sobre estos programas como modo de intervención política sobre los sectores populares en la Argentina contemporánea.

PALABRAS CLAVE: Experiencias políticas; Migraciones; Mujeres; Microcréditos.

Among microcredits, organizations and contacts. Migration, politics and women in a neighbourhood of the city of Córdoba

Abstract

Based on an analytical perspective that seeks to explore political practices in their lived dimension, this article examines the modalities of political participation and involvement of a group of migrant women that live in the urban periphery of the city of Córdoba. With this aim, I analyse the process through which they sought to gain access to several microcredit programs managed by both NGOs and the State. The ethnographic work shows that these women's experiences are rooted in territorial and political organizations that exceed the migration issue. On the contrary, their experiences are linked to a global context where microcredits are presented as an effective way to ease poverty. On these grounds, I reflect upon these programs as a modality of political intervention on the low-income population in contemporary Argentina.

KEY WORDS: Political experiences; Migration; Women; Microcredits.

Recibido el 11/05/2016; recibido con modificaciones el 27/11/2016; aceptado el 30/11/2016.

Introducción

Comencé a interesarme por las experiencias políticas de migrantes luego de varios años de trabajo de campo etnográfico sostenido en dos barrios ubicados en la periferia de la ciudad de Córdoba: Los Pinos y Sabattini.¹ A ambos lugares llegué hacia finales del 2009, junto con una ONG de la que participaba en aquel momento. Aún recuerdo el impacto que los dos barrios me causaron: asentadas sobre terrenos fiscales que hasta el momento de su ocupación se encontraban baldíos, se alzaba un puñado de *chozas*² que albergaban en su interior a decenas de familias migrantes, provenientes mayormente de Perú.

Como muchos de los peruanos que arribaron a Córdoba entre fines de la década del noventa y principios del siglo XXI, las personas que allí conocí habían encarado la migración como una búsqueda de inserción y oportunidades laborales. Sin embargo, la fuerte segmentación del mercado de trabajo cordobés a partir de elementos étnicos, raciales y de clase, restringió la posibilidad de que consiguieran trabajos formales. En sus recorridos laborales, la migración y la informalidad se conjugaron generando y regenerando diversas fronteras, dando como resultado “un alto grado de precariedad y vulnerabilidad” a sus trayectorias (Falcón y Bologna, 2013: 242). En este contexto y frente a la imposibilidad de acceder al mercado inmobiliario formal o a políticas públicas de vivienda —pero con la necesidad de conseguir un lugar en donde vivir— aquellos terrenos baldíos se convirtieron en una alternativa posible para su instalación;³ y las maderas, cartones y bolsas, en materiales accesibles para construir las *chozas* que los albergaran hasta tanto pudieran construir viviendas de *material noble*.

Analizándolo retrospectivamente, creo que fue el impacto que esas imágenes me causaron lo que mantuvo cautivo mi interés por esos espacios, aun cuando mi intervención en la ONG finalizó tiempo después de aquel primer encuentro. Así, mi presencia en Los Pinos fue mutando hasta convertirse en un trabajo de campo etnográfico que me llevó hacia la pregunta por la participación política de los vecinos de ese barrio.

Esta pregunta surgió cuando comencé a percibir que muchas de las mujeres con las que interactuaba participaban en organizaciones, se involucraban en prácticas y sostenían discursos —considerados alternativamente por ellas, por otros y

por mí como— *políticos*. Así pues, muchas de ellas coordinaban y asistían a asambleas; otras integraban comisiones directivas; algunas participaban de organizaciones político-partidarias; unas cuantas eran reconocidas como *referentes barriales*; y casi todas se involucraban en un contacto cotidiano y sostenido con funcionarios y dependencias estatales.

Interpelada por estas observaciones, comencé a recorrer la bibliografía sobre prácticas políticas de migrantes. En un ejercicio analítico, podríamos agrupar las preocupaciones de estas investigaciones en torno a tres grandes intereses. En primer lugar, aquellas que se preguntan por el derecho al voto de los migrantes tanto en el país de origen como en el de destino (Escrivá, 2013; Halpern, 2011; Moraes, 2009; Franzoni y Rosas, 2006). En segundo lugar, investigaciones que indagan en las prácticas de las organizaciones de migrantes (Bolzman, 2009; Canevaro, 2006; Cantor, 2013; Pizarro, 2009). Por último aquellos estudios que, desde la categoría de “ciudadanía”, analizan reclamos vinculados al acceso a derechos en los países de destino (Cherubini, 2010; Isin, 2009; Mezzadra, 2005; Varela Huerta, 2013). En términos generales, aquello que estos estudios proponen es que, en procesos concretos de reclamos al Estado, los migrantes estarían ejerciendo una praxis política y ciudadana que no se encuentra sujeta a su pertenencia a un Estado-nación. El “derecho a tener derechos” es la fórmula que condensa las aproximaciones teórico-políticas de este conjunto de investigaciones.

A pesar de la amplitud que esta perspectiva propone, los trabajos referidos priorizaron las reivindicaciones ligadas con un conjunto específico de demandas: aquellas asociadas a la condición migratoria de sus protagonistas. Así pues, vale la pena reflexionar sobre dos cuestiones que convergen en estas investigaciones; una referida a los espacios y formas institucionales a partir de los cuales los migrantes podrían hacer política; la otra, en relación a las temáticas en función de las cuales se movilizarían. Con respecto al primer punto, estas investigaciones abordan sus preguntas a partir del trabajo con organizaciones institucionalizadas alrededor de lo que podríamos llamar la identidad migratoria. Es decir, de organizaciones “de y para migrantes”. Esta centralidad que adquiere la condición migratoria se relaciona con el segundo eje que atraviesa dichos trabajos. Y es que, en casi todas las investigaciones que relevé, la cuestión del acceso a la documentación y a la regularización de su situación jurídica —condensada en la imagen de “los

papeles”— aparecía como la demanda por excelencia a partir de la cual los migrantes podrían movilizarse políticamente. A lo sumo reclamos vinculados a “lo cultural” aparecían como otras temáticas dignas de movilizar a esta población.⁴

Teniendo en mente estos planteos, grande fue mi desconcierto cuando, hacia fines del 2014 y tras varios meses de trabajo de campo con un grupo de mujeres peruanas que vivían en Los Pinos, no lograba dar cuenta de ninguna de estas cuestiones. No encontré allí una única organización formal vinculada a la cuestión de la migración. Tampoco los papeles aparecían configurando sus experiencias. Por el contrario, mi contacto con este grupo de vecinas me puso frente a una compleja trama que las vinculaba de maneras diversas con una multiplicidad de organizaciones: La Jauretche, La Red Feminista, CORMOT, UTPMP, CEAM, el CPC, el Ministerio de Desarrollo Social... personas, proyectos, instituciones, intereses y tensiones circulaban entre las mujeres durante sus reuniones. Y, como veremos, la posibilidad de acceder a distintos programas de microcréditos era aquello que las aglutinaba. Fue en su tenacidad por conseguir créditos que se contactaron con variadas organizaciones, desde empresas privadas hasta organismos del Estado, pasando por asociaciones civiles y ONGs. Fue en vistas a la posibilidad de acceder a créditos más jugosos otorgados por el Estado nacional que comenzaron a preocuparse por constituirse como asociación civil. Y fue en la búsqueda de estos créditos que finalmente se distanciaron luego del *puterío* que se armó cuando una de ellas decidió, discrecionalmente, quiénes recibirían los beneficios y quiénes no.

Inspirada en la invitación que realiza Fernández Álvarez (2014: 35) a “abrir nuestra mirada para dejarnos sorprender por lo inesperado, aquello que se produce en el hacer y cuyo sentido no resulta previsto de antemano”, en este artículo propongo detener la mirada en esas experiencias, en vistas a reconstruir la trama relacional a partir y a través de la cual un grupo de mujeres peruanas que vive en la ciudad de Córdoba se involucró políticamente en un “hacer cotidiano” (Quirós, 2011; Manzano, 2008). Esta reconstrucción, en tanto que estrategia analítica, servirá al doble objetivo que anima a este artículo: a) interrogar etnográficamente las formas y modalidades de involucramiento político de mujeres migrantes en la ciudad de Córdoba; b) reflexionar sobre los programas de microcréditos como modo de intervención política sobre los sectores populares en la Argentina contemporánea.

Con respecto al primer objetivo, propongo dejar momentáneamente de lado los recortes definidos por los trabajos anteriormente citados, procurando por el contrario seguir la trama que mis propias interlocutoras trazan en sus recorridos políticos. Entiendo que, al dejarnos interpelar por estos recorridos, podremos ver la multiplicidad de formas en que los migrantes se vinculan políticamente en las sociedades de destino, más allá de su condición de no-nacionales. Espero que este análisis nos ayude a “(re)formular interrogantes menos centrados en ‘los problemas de migrantes’ y ‘las prácticas de migrantes’, para invitarnos a transitar hacia el análisis sobre los vínculos (...) afuera del enclave étnico” (Gallinatti, 2015b: 2).

En relación al segundo objetivo, propongo analizar a escala etnográfica los programas de microcréditos como una forma de gubernamentalidad en el sentido utilizado por Ferguson y Gupta (2002), buscando comprender las múltiples articulaciones que se dan entre las organizaciones encargadas de gestionar dichos programas y las personas a quienes va destinada su intervención. Es decir, cómo las organizaciones van marcando ciertos rumbos, definiendo algunas prioridades y delimitando exigencias a las experiencias políticas de los sectores populares, en este caso, migrantes. Me pregunto entonces: ¿cómo se conjugan los lenguajes, programas, conceptos y exigencias de las organizaciones con las necesidades, estrategias, preferencias y disposiciones de mis interlocutoras?

En términos teórico-metodológicos, la propuesta que realizo en este artículo se sustenta en los aportes de una perspectiva etnográfica que aboga por dar cuenta del “carácter vivo y dinámico de los procesos políticos” (Fernández Álvarez, Quirós y Gaztañaga, 2015: 2). Esto quiere decir que, lejos de restringir la política a ciertos sujetos y formas de organización —partidos, Estado, militantes, funcionarios—, ella es pensada en las múltiples y contingentes formas en que los “lazos y estructuras de poder (...) tienden a vincularse con las propias modalidades de organización social” (Grimson, 2006: 15). Esta perspectiva propone entender a la política menos como un “dominio” específico y más como un proceso imbricado con otros “procesos sociales y representaciones que, en principio, corresponderían a otros ‘espacios’” (Balbi y Rosato, 2003: 14). El enfoque relacional de la antropología de la política resulta entonces una herramienta imprescindible para llevar adelante el desplazamiento que aquí propongo, en tanto permite integrar en el análisis diversos y heterogéneos

espacios, prácticas y relaciones sociales que comportan distintas modalidades de *hacer política*.

Siguiendo estos aportes, el texto se basa en el material empírico que construí a lo largo de mi trabajo de campo en Los Pinos, realizado entre los años 2010 y 2015, aunque fundamentalmente reconstruye la última parte de esa experiencia, que se extendió desde agosto de 2014 hasta principios del 2015. Durante esos meses, acompañé sistemáticamente las actividades realizadas por “Mujeres haciendo historia en la comunidad”, un grupo conformado por más de veinte vecinas peruanas de Los Pinos. Como veremos, este grupo se fue consolidando a lo largo de varios años y en función de diversos intereses, todos nucleados bajo el espíritu de *realizar cosas por el barrio*. En los siguientes apartados analizo uno de esos procesos en particular —la búsqueda por ingresar a diversos programas de microcréditos—, procurando mostrar cómo sus complejidades, intermitencias y conflictos, hablan de la dimensión “productiva” de la política (Quirós, 2011: 277 y ss).

Acerca del interés por los créditos, o sobre la trama organizacional que lo nutre

A mediados del 2014 volví a cruzarme con una de las mujeres que había conocido durante mi trabajo en Los Pinos. Elena, a quien yo recordaba como *delegada* de la comisión directiva que los vecinos habían votado en el barrio a principios de 2009, aprovechó para comentarme sobre las *cosas* que estaba *haciendo* junto a un grupo de vecinas y me invitó a participar de sus actividades. Así fue que comencé a asistir a las reuniones de Mujeres haciendo historia en la comunidad, un grupo de alrededor de 20 mujeres que se juntaban todos los martes para “hacer cosas por el barrio”. La mayoría de ellas eran migrantes peruanas que arribaron en los últimos años a la ciudad de Córdoba. En general viajaron solas hacia Argentina y casi todas conocieron ya en destino a varones —la mayoría peruanos— con los cuales formaron familia. Así, muchas de estas mujeres son madres de niños en edad escolar.

Incluso si varias de ellas cuentan con estudios terciarios —como maestras o enfermeras— y en algunos casos universitarios, casi la totalidad se desempeña como empleada doméstica, puesto que el trabajo doméstico remunerado constituye una de las salidas laborales casi exclusiva de las mujeres peruanas en Argentina. En un mercado

laboral fuertemente etnizado y racializado, la posibilidad de conseguir un empleo en este sector es aquello que orienta en muchos casos la migración de peruanas hacia este país (Curtis y Pavecchia, 2010). En este contexto, las mujeres con las que trabajé fracasaron una y otra vez en su intento de hacer valer sus estudios para conseguir empleos mejor valorados por ellas. Sus parejas mientras tanto, se desempeñan casi exclusivamente en el ámbito de la construcción, también producto de la segmentación del mercado laboral a partir de elementos étnicos, raciales y de clase.

Como señalé en la introducción, estos recorridos laborales —caracterizados por la informalidad— limitaron sus posibilidades de acceso a la ciudad, desplazando a estas familias hacia barrios como Los Pinos o Sabattini, ubicados en las zonas periféricas menos favorecidas de la ciudad. Al momento de su llegada, ambos espacios eran percibidos por mis interlocutores como *inhabitables* (eran espacios baldíos, sin provisión de servicios y cubiertos de basura) por lo que fue necesario un *esfuerzo* por parte de los vecinos para transformarlo en “un lugar donde vivir” (Perissinotti, 2016). Fue justamente este interés por *mejorar* el barrio aquello que comenzó a convocar a las mujeres y a ponerlas en contacto con las diversas organizaciones a partir de las cuales surgió su interés por los créditos.

Así fue que, cuando a mediados del 2014 me encontré con Elena y le pregunté si podía acompañarlas en sus actividades para escribir mi tesis de maestría sobre su trabajo en el barrio, su entusiasmo no podía ser mayor. “Justo andábamos necesitando con las mujeres del grupo armar un blog para contar nuestra historia, las cosas que hacemos”, me contestó encantada. “Porque nosotras lo que queremos —agregó— es tener un microcrédito para empezar a hacer algo. Y para eso, tenemos que mostrar lo que hacemos”. La alusión al *microcrédito* me pasó casi desapercibida al momento de esa conversación. Sin embargo, si tomamos en serio la premisa de dejarse interpelar y seguir las conexiones “nativas”, había algo en los microcréditos que demandaba mi atención. Fundamentalmente porque frente a mi propuesta de seguir su “hacer cosas por el barrio”, Elena me devolvía la cuestión de los créditos.

Para el objetivo que aquí nos ocupa, cabe señalar entonces que los programas de microcréditos tienen una larga trayectoria a nivel mundial. Inspirados en la experiencia pionera del Grameen Bank, “un ‘banco para pobres’ fundado en 1976

en Bangladesh”, aparecieron en Argentina a principios de la década del noventa, de la mano de la retórica neoliberal que los ponderaba “como [una] alternativa ante el fracaso de los Estados por resolver el problema de la pobreza” (Koberwein, 2011a: 283-284). Los microcréditos se convirtieron entonces en una herramienta fuertemente divulgada entre los sectores populares, en el marco de las políticas que los organismos internacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional impulsaban en América Latina, como parte del paquete de políticas y programas sociales destinados a solucionar aquello que había sido diagnosticado como “un problema de racionalidad del modelo keynesiano de intervención estatal” (Bard Wigdor, 2013: 67). Desde entonces, los microcréditos han sido presentados “como una solución universal, inmediata y autoevidente” a la cuestión de la pobreza, constituyendo una de las prioridades en “la agenda de financiamiento de los organismos multilaterales” (Koberwein, 2011a: 291, 294).

En el marco del panorama global y de larga data en el que se inscribe el desarrollo de los microcréditos como política de intervención en la pobreza, en el año 2006 Argentina “sancionó la ley 26.117 de Promoción del Microcrédito para el Desarrollo de la Economía Social, que definió la promoción del microcrédito como política de estado a nivel nacional” (Litman, 2014: 30). A través de la Comisión Nacional de Microcrédito, un organismo descentralizado del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, el Programa se encarga de entregar microcréditos “a sectores considerados ‘vulnerables’” (Litman, 2014: 33).

En este contexto debe inscribirse el interés de mis interlocutoras por gestionar microcréditos. Y es también en relación a ello que se torna relevante reflexionar sobre estos programas como un modo de intervención política sobre los sectores populares que ha ido cobrando relevancia en la Argentina contemporánea. Siguiendo el planteo de Ferguson y Gupta (2002), entiendo que esta reflexión puede encararse desde el análisis de estas prácticas como un ejercicio ‘de gubernamentalidad’. La propuesta de estos autores consiste en ampliar la conocida noción foucaultiana para dar cuenta de modos de gobierno que se extienden a nivel global y que, en su despliegue, solapan las prácticas de los Estados con aquellas llevadas adelante por ONGs y organismos internacionales. En una línea similar a lo que plantean Lazar (2004) y Karim (2008), entiendo que analizar los programas de microcréditos desde esta perspectiva, puede ayudar a arrojar luz sobre sus modos de funcionamiento, así

como sus resultados. En lo que sigue, iré mostrando cómo se desarrolla el ejercicio de gubernamentalidad en las experiencias que acompañé.

Mientras me confirmaba que no tenía problema de que escribiera sobre su trabajo en el barrio, Elena acomodaba presurosamente su casa para poder salir a tomar el colectivo, puesto que en una hora tenía una reunión en el CEAM (Centro de Ayuda a los Migrantes) a la que no quería llegar tarde. La reunión, me comentó, era importante porque iban a hablar justamente de los microcréditos. “Parece que nos van a dar plata”, me dijo entusiasmada. El CEAM, como les explicaría luego Elena a sus vecinas, es una organización de migrantes con la que ella se contactó a través de Florencia, una abogada que estaba interesada en hacer un “consultorio jurídico para inmigrantes” en el barrio. Y como Los Pinos es un barrio compuesto casi en su totalidad por peruanos, parecía un buen espacio para realizar esa actividad.

La cuestión del consultorio, si bien no pareció incomodar a las mujeres, tampoco les resultó del todo interesante. Y es que la finalidad de este espacio era informar a los vecinos sobre el acceso a la documentación argentina, cuestión que no aparecía entre sus mayores preocupaciones, puesto que muchos ya contaban con ella. La gran mayoría había logrado acceder a su documentación a través del “Patria Grande”, un programa de regularización documentaria del estado nacional, formando parte del “30% de los extranjeros MERCOSUR que (...) iniciaron trámites de radicación bajo [dicho programa]” (Perera y Velázquez, 2013: 43).⁵ De allí que el consultorio jurídico que había propuesto el CEAM no resultara muy convocante.

De cualquier manera, atenta a todas las posibilidades que sus *contactos* le podían brindar, Elena le ofreció su casa a Florencia, la abogada del CEAM, para que realizara allí el consultorio que le interesaba. Y aprovechó ese día para preguntarle qué otras cosas podrían realizar en conjunto las mujeres del barrio con la organización a la que ella pertenecía. Producto de esta pregunta, Florencia la había invitado a la reunión a la que se dirigían con prisa ella y Luz —otra de las mujeres— el día que yo les pregunté si podía acompañarlas en sus actividades para el barrio. En esa reunión, Elena y Luz les comentaron a *las chicas del CEAM* acerca del grupo con el que trabajaban. “Somos mayormente un grupo de mujeres

que nos estamos reuniendo todos los martes —dijo Elena—. Más que nada nos estamos dedicando a la parte de los microcréditos. Yo estoy consiguiendo créditos para microemprendimientos. Ahora tenemos tres grupos para los créditos de CORMOT, pero queríamos ver de armar más grupos”, expuso. Por el modo en que pronunció la última oración, supe que estaba esperando que *las chicas* —dos mujeres de ‘veintipico’ que la habían escuchado atentamente— entendieran que en esa exposición iba también un pedido: que fuera su organización la que financiara los nuevos grupos. Ellas entendieron el pedido y, según le dijeron a Elena, comenzarían a realizar las gestiones necesarias para concretarlo. Pero, como veremos más adelante, esto no resultó fácil.

Los créditos de CORMOT, de los que hizo gala Elena en aquella reunión, fueron los segundos microcréditos personales que consiguieron estas mujeres. Estos créditos se los entregaba desde 2013 el área de Responsabilidad Social Empresarial de una de las concesionarias de autos más grandes de la ciudad, “Córdoba Motores” (CORMOT). Sin embargo, el interés por los créditos no surgió a partir de la vinculación con esta concesionaria, sino a través del contacto previo que algunas de estas mujeres tuvieron con otra organización: “Un techo para mi país”.

Un techo para mi país (UTPMP) es una organización no gubernamental latinoamericana que, según señala en su página, tiene como misión “superar la pobreza, a través de la formación y la acción conjunta de sus pobladores y jóvenes voluntarios”. Esta ONG comenzó a trabajar en Los Pinos a fines del 2009, cuando el barrio se encontraba en pleno proceso de asentamiento.⁶ En aquel momento, el trabajo de esta ONG se dividía en tres etapas: la primera, “Construcción”, consistía en el montaje de “viviendas de emergencia”. La segunda, “Habilitación Social”, buscaba la consolidación de “Mesas de trabajo”, reuniones semanales para que los vecinos detectaran las problemáticas más acuciantes de su barrio e implementaran soluciones conjuntas para mejorarlas. La tercera, “Comunidad Sustentable”, aspiraba a la consolidación de barrios “auto-sustentables”. A través de la primera etapa de su modelo de intervención, UTPMP construyó allí un par de decenas de casas —*chozas*, al decir de los vecinos— y se consolidó en el barrio como una de las organizaciones con mayor presencia. A principios del 2011, dispuestos a implementar la “segunda etapa” de su programa, los voluntarios de UTPMP comenzaron a convocar a los vecinos a las reuniones semanales

que denominaban “Mesa de trabajo”. Estas reuniones se llevaban a cabo los sábados en la sede que la organización había construido en Los Pinos en octubre de 2010. Elena, que en ese entonces era *delegada de sector*, se acercó a las reuniones para participar. A través de ese espacio, conformó junto con Valeria y Magali —vecinas de distintas manzanas— un grupo al que denominaron “Las madres del barrio” y que tenía como objetivo trabajar para mejorar el lugar en donde vivían.

Fue a través de la participación de Las madres del barrio en la mesa de trabajo de UTPMP que los créditos empezaron a rondar en el imaginario de estas mujeres como algo posible. Y es que, dentro del repertorio de propuestas que esta ONG les presentó al barrio, los créditos aparecieron como una de las opciones más interesantes. Entusiasmados con el éxito de algunas actividades que habían organizado en conjunto, cuando en 2012 los voluntarios de UTPMP arrancaron sus actividades en el barrio, expusieron la propuesta: entregar “microcréditos productivos” a “grupos solidarios de trabajo”. Los *microcréditos* consistían en préstamos individuales que debían ser utilizados para fortalecer algún negocio que el potencial prestatario ya estuviese llevando adelante. Se le otorgaba un monto de 600 pesos, a ser devuelto en cuotas semanales. Si bien los créditos eran individuales, para poder acceder a ellos los prestatarios debían organizarse en grupos *solidarios* de trabajo, conformados por cinco personas cada uno. Como les explicaron los voluntarios que presentaron el programa, esto implicaba “responder solidariamente” a la hora de la devolución: si alguna persona del grupo tenía dificultades para afrontar la cuota semanal, sus compañeros debían hacerse cargo de juntar el dinero y entregarlo.

Otra de las condiciones para recibir el préstamo era tener un negocio, modalidad común a casi todas las variantes del programa: el primer requisito para poder acceder a un crédito de estas características es “presentar un proyecto de emprendimiento a través del cual [el prestatario] pueda generar su ‘autoempleo’ y ‘mejorar sus condiciones de vida’” (Koberwein, 2011b: 186). Justamente por los sectores a los cuales están dirigidos, los emprendimientos productivos en cuestión suelen consistir en ventas de productos de bajo costo, como comidas, ropa o manualidades. En algunos casos, se desarrollan también actividades de servicios, como peluquería o enfermería. Dado que muchas de las mujeres que participaban en la mesa de trabajo tenían em-

prendimientos como estos, la posibilidad que UTPMP ofrecía de acceder a los microcréditos pasó a integrar las aspiraciones de Las madres del barrio.

Después de algunas semanas de *capacitación*, UTPMP otorgó una primera “tanda” de microcréditos para tres grupos *solidarios* de trabajo. A pesar del entusiasmo inicial, los montos no resultaron demasiado atractivos puesto que apenas alcanzaban a cubrir algunos costos de los emprendimientos, casi todos de venta de comidas *típicas* como anticuchos, salchipapas y lomo saltado. De todos modos, aún si poco, el dinero de los préstamos les ayudaba a las mujeres a generar un ingreso extra que complementaba sus salarios. Así, las vecinas se mostraron cada vez más entusiasmadas con la cuestión de los microcréditos. Por este motivo, se frustraron bastante cuando a mediados de 2012 UTPMP discontinuó su trabajo en el barrio, dejando trunca esta experiencia. Según me comentaron diferentes vecinos, con tono de crítica, “el Techo” —sus voluntarios— simplemente dejaron de ir al barrio de un día para el otro, sin mediar explicación. Frente a esta coyuntura, desde Las madres del barrio se las ingeniaron para gestionar otras maneras de conseguir nuevos créditos. La oportunidad les surgió cuando, a principios del 2013, conocieron a Ignacio, uno de los dueños de CORMOT, la concesionaria de autos que mencioné al comienzo de este apartado. Veamos.

En febrero del 2013, sucedió en el barrio un hecho desgraciado: a raíz de un cortocircuito eléctrico, se incendió la casa de madera en la que vivía Grace, una mujer peruana de 50 años, con sus dos hijos. Los vecinos del barrio, conmovidos por la situación, organizaron una colecta de materiales y decidieron construir nuevamente su casa. Un grupo de voluntarios de UTPMP, enterados de la convocatoria a través de Facebook, realizaron la suya propia y aparecieron ese día tanto con materiales como con más personas para colaborar en la construcción. Entre ellas, estaba Ignacio, el hijo mayor del dueño de la concesionaria en cuestión. “Él vino con su empresa —me contó Elena cuando le pregunté cómo lo habían conocido—. Y yo estuve hablando mucho con él. Le dije que mi sueño era que el barrio creciera, mejorara. Le hablé de los microcréditos y me dijo que él nos podía ayudar. Ahí fue la primera vez que nos prometió los créditos”. “Pero yo no le creía”, se encargó Elena de resaltar. “Yo creía que era como todos los otros [que habían prometido cosas, pero que después no volvían a aparecer] y no esperaba nada. Pero

no; vino y nos dio los créditos”, relató en más de una ocasión.

Sin embargo, estos no llegaron inmediatamente. Para aprobar la primera entrega de créditos de CORMOT, desde la empresa les comentaron que primero tenían que hacer una *prueba piloto*, de modo de asegurarse que los vecinos iban a *responder* —es decir, iban a devolver el dinero que les entregaban, más el porcentaje de *interés*—. Así pues, Elena y Magali armaron un proyecto para una feria de frutas y verduras en el barrio; feria que gestionaron a través de Las madres del barrio y con la ayuda de Mercedes, la encargada de gestionar los créditos de CORMOT.

Elena siempre recuerda esta feria con mucho orgullo. “La hacíamos en la plaza, todo lindo —me contaba la primera vez que le pregunté—. Mercedes nos había conseguido unas mesas grandes. ¡Tú no sabes lo que era esa feria!”. Después de haber acompañado a Elena en sus actividades actuales durante varios meses, sospecho que su entusiasmo tenía que ver no solo con las dimensiones que había adquirido la feria, sino también con el hecho de que fue una de las primeras actividades en las que Las madres del barrio se hicieron visibles para los demás vecinos.

Como la prueba piloto salió lo suficientemente bien —es decir, las mujeres fueron capaces de devolver en tiempo y forma el dinero otorgado—, desde la empresa dieron luz verde para otorgar los microcréditos. Desembolsaron entonces créditos de \$600 para seis mujeres. La condición para ser admitidas era que tuviesen algún *microemprendimiento* y que utilizaran ese dinero para sostenerlo y mejorarlo. A esa condición, Las madres del barrio agregaron otra: quien quisiera acceder a los créditos, debía participar de la reunión semanal que ellas organizaban “para hacer cosas por el barrio”. Y eso no se negociaba “porque [allí] ninguna tiene coronita”, como señalaba incansablemente Elena.

Los créditos de CORMOT funcionaron durante todo el 2013 a través del contacto con Mercedes. Elena, quién como *cabeza* de Las madres del barrio se preocupaba constantemente por “llevar cosas al barrio”, estaba sumamente satisfecha porque había conseguido gestionar un bien necesario y preciado para estas mujeres: dinero. Y eso le confería notoriedad en el barrio, respaldando su posición de *líder comunitaria*, que se encargaba de mencionar cada vez que podía. Al mismo tiempo, le otorgaba la posibilidad de constituir un grupo estable, tema que le inquieta-

ba desde que, en la primera reunión de la mesa de trabajo de UTPMP, sus voluntarios remarcaron la importancia de concretarlo.

A principios del 2014 Mercedes dejó de trabajar en la concesionaria, motivo por el cual su rol de articuladora entre las mujeres del barrio y la empresa fue reemplazado por Camila. “Ella no es como Mercedes —se quejaba siempre Elena—. Mercedes iba, venía, entraba, salía. Esta chica por ejemplo no viene al barrio. Cuando nos tenemos que juntar para pagarle la cuota, nos juntamos en la estación de servicio [cercana al barrio]. Ella dice que es por su seguridad, que por eso no entra al barrio”. A pesar de este cambio y de las quejas de Elena, los créditos de CORMOT siguieron funcionando. De hecho, cuando en agosto de 2014 me acerqué nuevamente al barrio, se encontraban funcionando tres grupos de cinco mujeres cada uno. Y, a pedido de ellas, Elena se encontraba gestionando la posibilidad de extender los créditos a dos nuevos grupos. Una vez más, la presencia en las reuniones seguía siendo la condición para las mujeres que aspiraban a acceder a ellos.

Durante la segunda mitad del 2014, las negociaciones con Camila para conseguir que CORMOT concediera créditos a nuevos grupos de trabajo no parecían avanzar demasiado. Pero como Elena sabía perfectamente que “lo que las trae son los créditos; así que con créditos tengo que devolver”, no dudó en aprovechar el contacto que había hecho con Florencia, la abogada del CEAM para plantear el pedido. Y si bien las voluntarias de esta organización no le habían dado aún una respuesta, apenas aceptaron evaluar la posibilidad, ella se llenó de entusiasmo. Entusiasmo que compartió abiertamente con las demás mujeres y que le dio la posibilidad de demandar mayor presencia en las reuniones. “Serían créditos sin intereses, eso tendríamos que aprovecharlo”, interpeló a las vecinas presentes en la reunión en la que comentó sobre los posibles créditos de CEAM. “Pero para eso —remarcó—, tenemos que armar un grupo de trabajo, porque no me lo pueden dar a mí, Elena Cahuana, se lo tienen que dar a un grupo”.

En vistas a formar este grupo que respondiera frente a la organización a la que le solicitaban el crédito, las reuniones de los martes se empezaron a poblar cada vez más. Recuerdo en particular una de octubre de 2014, que se hizo la semana siguiente al anuncio de Elena sobre los posibles créditos “sin interés” que pensaba entregar CEAM. Aquella vez fuimos tantas que no entrábamos en los banquitos que Grace siempre

acomodaba para que nos sentemos. Elena estaba contenta con la convocatoria. Mientras nos acomodábamos, comenzó a cortar unos pedacitos de papel de un cuaderno que siempre llevaba a las reuniones. En voz muy bajita, casi imperceptible, me preguntó al oído qué me parecía la idea que se le había ocurrido: “quiero que cada una escriba en un papelito cuál es su sueño para el barrio y cuál es su sueño para el crédito que van a pedir”.

La cuestión de los sueños en los papelitos me recordó de manera muy palpable al tipo de actividades que organizaban desde UTPMP. Recordé particularmente la primera reunión de la mesa de trabajo que realizaron en el barrio, en la que Elena y Valeria tuvieron un rol bastante activo. En esa reunión, la consigna había versado exactamente por la cuestión de los sueños para el barrio; sueños que se plasmaron del mismo modo en papelitos que los voluntarios ya habían llevado recortados. Pensé entonces en cómo, de alguna manera, estas organizaciones condicionan y moldean las experiencias y los modos de hacer de estas personas: de hacer reuniones; de hacer grupalidad; de hacer política.

Mientras cortaba los papelitos, Elena comentó más en profundidad acerca de sus negociaciones con CEAM: “Bueno vecinas, la semana pasada estuve reunida con una gente de una organización de migrantes y me dijeron que estaba la posibilidad de que nos den créditos. Y estos serían sin intereses”, remarcó. Cuando preguntó si les interesaría participar, todas asintieron y una vecina preguntó: “¿de cuánto son los créditos?”.

“Mire vecina” —contestó Elena— “aún no me han dicho, porque yo primero para que tengamos los créditos, tengo que mostrar que somos un grupo de trabajo. Ellos ya están cansados de verme solo a mí, de que vaya solo yo. Por eso ahora tenemos que empezar a ir todas, a que nos vean a todas, que de verdad existimos. Por eso yo todavía no sé de cuánto son. ¿A usted de cuánto le gustaría?”

“Ay, pues no sé”, contestó la vecina entre risas.

“Mire, yo sueño con que nos den 4.000”, le dijo Elena e inmediatamente la señora comenzó a sonreír. “Lo que sí, tiene que ser para emprendimientos. Ponte que tú eres buena haciendo pasteles, entonces tienes que usarlo por ejemplo para comprarte tu horno. No puede ser para cualquier cosa. Porque por ejemplo, ayer vino una vecina a preguntarme si podía ser para comprarse un microondas” —cuenta Elena mientras se ríe—. “¡Pero no vecina! ¿Cómo va a ser para comprarse el

microondas? Tiene que ser para un emprendimiento”.

Mientras hablaban sobre el monto de los créditos y sobre las cosas que podían hacer con ese dinero, Elena me señaló la cámara de fotos que estaba a su derecha, indicándome que sacara fotos de la reunión. Y es que, otra de las inquietudes de Elena era la de *documentar* la mayor cantidad de eventos posibles, desde reuniones hasta fiestas. Después de las fotos, Elena finalmente comentó sobre la actividad que había pensado. Les dijo a sus vecinas que tenían que escribir, de un lado, cuál era el sueño que ellas tenían para el barrio. Del otro lado, debían escribir cuál era su sueño para el crédito. Las mujeres aceptaron la consigna, entonces Elena repartió los papelitos que, “por falta de presupuesto”, tuvo que recortar en pedazos muy pequeños. Los motivos para pedir un crédito versaban sobre la posibilidad de mejorar un negocio existente o comenzar uno nuevo, de modo de poder dejar de trabajar *fuera* del barrio y pasar más tiempo con sus hijos. Poner el *cerro veinte* en las calles, mejorar la frecuencia de los colectivos y construir un dispensario fueron los sueños que más se repitieron para el barrio.

De allí en más, las reuniones a las que asistí discurrían por esos temas. De los créditos al barrio, martes a martes se congregaban en la casa de Grace alrededor de 20 mujeres, con muchos de sus hijos y varios de sus perros. Mientras esperaban que desde CEAM les confirmaran cuándo iban a salir los créditos, de cuánto iban a ser y cómo habría que devolverlos, las mujeres fueron entusiasmándose con otros proyectos. Uno que las convocaba especialmente fue la organización de una fiesta de navidad para los niños del barrio. Inspiradas en los festejos de Perú, decidieron juntar fondos y solicitar donaciones para ofrecer una *tradicional* chocolatada con pan dulce y juguetes.

El pedido formal de donaciones, a través de *solicitudes* firmadas, implicó materializar la exigencia de *mostrar* que eran un *grupo* que hacía *cosas*. Una página en internet fue la manera que encontraron para hacerlo. Y, como señaló Rossi en una de las reuniones, “para eso [tenían] que tener un nombre”. Elena propuso continuar utilizando “Las madres del barrio”, figura para la cual contaba además con un sello propio que le habían regalado los voluntarios de UTPMP y que serviría para aportar autenticidad a la firma de las solicitudes de donación. Sin embargo, ninguna de las mujeres que participaba de las nuevas reuniones había tenido vínculos con

UTPMP, organización a la cual se vinculaba directamente la figura de Las madres del barrio. Decidieron entonces votar un nuevo nombre con el cual firmar las solicitudes.

“Mujeres haciendo historia en la comunidad” fue el nombre con el que eligieron bautizar ese nuevo grupo y a través del cual continuaron con sus proyectos, que superaron ampliamente la cuestión de los créditos. De cualquier manera, cada martes, Elena reportaba cómo iban las negociaciones con CEAM ya que, como me comentó en varias oportunidades, ella tenía que responder a las mujeres. Y si los créditos era lo que les interesaba, “con créditos les tengo que responder”. “Ya les prometí a todas las mujeres créditos. Créditos, créditos, créditos. Espero que salga pronto, porque si no mucha promesa...”, se preocupaba ante la falta de respuesta de CEAM.

Pasados un par de meses desde la promesa de conseguir nuevos créditos, en la organización le confirmaron que, dado el momento del año en que se encontraban —mediados de noviembre— no estaban en condiciones de preparar un nuevo proyecto. Superado el malestar que esto le causó, Elena tuvo que enfrentarse entonces a sus vecinas y explicarles: “bueno mujeres, he hablado con CEAM y finalmente me han dicho que ellos ahora están con todo eso de los balances. Entonces que los créditos serían recién para el otro año. Pero bueno, lo que sí sería importante es que ya vayamos preparando todo para el año que viene, porque me han confirmado que sí van a estar”. La noticia resultó desalentadora para las mujeres, pero las reuniones se siguieron sosteniendo, fundamentalmente gracias al gran entusiasmo que había generado en todas ellas el festejo de navidad que estaban organizando. Sin embargo, antes de que se acerque diciembre, las negociaciones que Elena y Luz entablaron con otros de los actores de la trama de organizaciones que fueron tejiendo traerían una vez más la esperanza de acceder a otros créditos. Y esta vez, se trataba de créditos más jugosos todavía puesto que quien los iba a otorgar era el Estado nacional.

Atendiendo a un contexto en el que los microcréditos se presentan como el modo más efectivo de alivio a la pobreza, el proceso desplegado arriba nos permite iluminar varias aristas sobre el modo en que estos programas se desarrollan como un ejercicio de gubernamentalidad. Específicamente me voy a detener en dos de las modalidades que surgen de la observación: la exi-

gencia de grupalidad y la composición femenina del grupo.

La primera arista de esta pregunta apareció constantemente a lo largo de este apartado: la cuestión de la grupalidad. Cada nuevo contacto con alguna organización, reforzaba la aspiración de las mujeres por consolidar su grupo de trabajo. Esta aspiración, por momentos transformada en obligación, pero también vista como un deseo, constituye una dimensión de indagación central. Como vimos, la inquietud por formar un grupo estable se conformó a partir de la primera reunión que algunas de las mujeres mantuvieron con UTPMP. Durante esa reunión, los voluntarios no dejaron de remarcar la importancia que esto tenía. Y eso se repitió luego en las reuniones con CORMOT y con CEAM: todos recalcaron la importancia de “ser un grupo”.

Pero la insistencia por la grupalidad no se agota allí: además de formar grupos, era importante que estos fueran visibles. De allí las constantes interpelaciones de Elena a sus vecinas, a quienes exhortaba a participar de las reuniones porque tenían que mostrar que eran un grupo; porque tenían que *ver* que *existen*; porque no podía ir siempre ella sola. De allí también la permanente inquietud de Elena por *documentar* los eventos y por mostrar esas fotos a través de distintos canales de comunicación: la página de Facebook que crearon, el blog que me pedía.

La segunda dimensión refiere a la conformación específica de estos grupos; es decir, al hecho de que estén compuestos exclusivamente por mujeres. Como diversas autoras señalan, “las mujeres del ‘Tercer Mundo’ [adquirieron] desde finales de los años setenta hasta la actualidad un espacio de visibilidad en el desarrollo [pasando] a ser consideradas como el principal foco del desarrollo por las agencias de cooperación internacional y las ONG” (Castelnuovo, 2010: 228). Es en este marco que los programas de microcréditos se centraron específicamente en las mujeres como su población objetivo (Karim, 2008; Lazar, 2004). Así, en todas las reuniones de las que participé, los programas de microcréditos convocaban exclusivamente a mujeres. Esta misma situación se replica, según otros autores, en otros espacios sociales (Koberwein, 2011b; Koberwein y Doudtchitzky, 2006). De esta manera, el Estado, los organismos de crédito internacionales y las organizaciones que llevan adelante estos programas, están configurándolos como cuestiones de mujeres. La experiencia de este grupo de mujeres peruanas puede leerse entonces a partir de lo que Sassen (2003) denomina

“feminización de la supervivencia”. En Los Pinos, como en muchos otros lugares del mundo, son las mujeres quienes están llevando adelante estos esfuerzos, que en el escenario global contemporáneo adquiere características y relieves específicos.

Acerca del *puterío*, o sobre la raíz “territorializada” de las prácticas políticas de migrantes

Luego de la frustración por el hecho de que los créditos del CEAM no se entregaran ese 2014, la oportunidad de acceder a créditos otorgados por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación entusiasmó nuevamente a las mujeres. Esta posibilidad estuvo mediada por otro tipo de organizaciones: las agrupaciones *kirchneristas*. Fue a través de la ligazón de Elena y Luz a estructuras político-partidarias que *militaban* en favor de la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner, que apareció entre las Mujeres haciendo historia en la comunidad esta alternativa.

El vínculo de Elena y Luz con agrupaciones kirchneristas surgió a partir del contacto que ellas establecieron con la Moni, la trabajadora social del dispensario de la zona y principal referente en Los Pinos de La Jaureche, una organización con alcance provincial. Como trabajadora social, Mónica se había acercado a Elena en el 2012, luego de que una tormenta arrasara con muchas casas del barrio. “Vino a pedirme ayuda para repartir los víveres que llegaron del Ministerio”, me contó Elena. Tras algunas semanas de trabajar juntas, Mónica la invitó a una reunión de La Jaureche. Fue así que, a finales de 2012, ella y Luz comenzaron a participar de las actividades que esa organización desarrollaba en el barrio aledaño a Los Pinos. Al principio, solo asistían a las reuniones de mujeres. Pero con el tiempo empezaron a involucrarse también en actividades partidarias: las marchas, las *pegatinas* y la fiscalización de mesas, pasaron a ser frecuentes para ellas.

Entre todas estas actividades, el Encuentro Nacional de Mujeres fue una de las que más llamaron la atención de Elena y, desde que empezó a participar de esa organización, no dejó de asistir a uno solo. Fue en octubre de 2014 —mientras participaba de su tercer Encuentro— que Elena conoció a Rita, la encargada de la Oficina de Empleo del CPC de Villa El Libertador.⁷ Rita, férrea militante del kirchnerismo, sintió inmediata simpatía por este par de mujeres peruanas

que participaba de todas las actividades de La Jaureche; que abiertamente se manifestaban admiradoras de Cristina y que trabajaban cotidianamente para mejorar su barrio. Así pues, días después de volver del Encuentro, las convocó a su oficina. Luego de que ellas le comentaran acerca de los microcréditos, Rita las entusiasmó con un programa que *Nación* estaba *bajando* para gente que estuviese trabajando en los barrios. “Pero ahí tienen que ser asociación civil. ¿Ustedes son asociación civil?”, les preguntó. Como no lo eran, se lamentaron de no poder acceder porque, como explicó la funcionaria, el programa de Nación implicaba *mejor plata* que aquel que les financiaba CORMOT.

Para no desaprovechar la oportunidad, Rita las puso en contacto con otra organización de un barrio cercano a Los Pinos que sí estaba constituida como asociación civil y, por tanto, estaba en condiciones de acceder a ese programa. Así comenzó la relación entre las “Mujeres haciendo historia”, el grupo liderado por Elena, y “La Red Feminista”, la asociación de mujeres sobre la que les comentó Rita. Más allá del oportuno *contacto*, la advertencia acerca de la importancia de constituirse como asociación civil, sembró en Elena y Luz cierta preocupación por otorgarle personería jurídica al grupo de mujeres que se estaba consolidando. Retomando la lectura de la gubernamentalidad, cabe notar que el requerimiento del Estado plantea una nueva condición a la exigencia de grupalidad: una forma jurídica particular.

Tras la presentación que Rita ofició, Mirta —la presidenta de La Red Feminista— invitó a las mujeres de Los Pinos a una reunión de su organización. Elena, Luz y Nancy se acercaron de buena gana y con expectativas. Estas fueron incluso colmadas cuando, al llegar, se encontraron a algunos funcionarios de Nación participando de ella. José Luis Bianchi, coordinador del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación en Córdoba y principal referente en esta ciudad de la agrupación política kirchnerista Kolina,⁸ escuchaba los reclamos y solicitudes de los vecinos congregados en la reunión. El panorama les resultó inmejorable a las mujeres, quienes aprovecharon para presentarse ellas mismas y hacer más *contactos*. Como siempre, fue Elena la encargada de la presentación:

“Buenas tardes. Mi nombre es Elena Cahuana Fernández y soy líder comunitaria de Los Pinos. Como les comentó Mirta, nosotras nos conocimos en el Encuentro de Mujeres que fuimos en Salta. Y nos sorprendió que, viviendo tan cerca, nos hayamos conocido recién ahora. Y bueno, yo les cuento

que en mi barrio somos un grupo de mujeres que estamos trabajando para nuestra comunidad. Mayormente nos enfocamos en microcréditos. Y también nuestro sueño es mejorar nuestro barrio. Trabajamos mucho, la luchamos mucho solas”.

“¿Y cómo es el tema de los microcréditos, Elena?”, le preguntó la mujer que estaba sentada al lado de Bianchi —luego nos enteraríamos que se trataba de Romina Rodríguez, la *mano derecha* del funcionario y *segunda* del ministerio—.

“Somos 7 grupos y cada una tiene un emprendimiento”, contestó Elena. Y agregó: “Por ejemplo, hay muchas que hacen comida, otras que venden ropa”.

A juzgar por la cantidad de preguntas que les hicieron y por las miradas que se dieron entre ellos, tanto Bianchi como Romina parecieron desconcertados por la cuestión de los créditos. “Pero eso es *El Banquito*”, le dijo en un susurro Bianchi a Romina, utilizando el diminutivo con el que es conocido por sus usuarios y promotores el “Banco Popular de la Buena Fe”, un programa que depende del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación que “tiene como objetivo (...) ‘promover el trabajo y la producción para el autoconsumo, venta y reventa de productos y servicios’ a partir de la entrega de microcréditos” (Koberwein y Doudtchitzky, 2006: 140). Romina, mientras tanto, seguía sin entender del todo cómo funcionaba la cuestión de los microcréditos en Los Pinos.

“Bueno, pero ¿quién les financia los créditos Elena?”, zanjó la cuestión Romina.

“Nosotras empezamos con el Techo”, respondió ella. “Lo que pasa es que los del Techo nos daban créditos muy bajos, no nos alcanzaba para lo que nosotras necesitábamos. Y después ya sí nos contactamos con CORMOT y ellos nos dieron créditos más altos. Y ahora ya va a hacer dos años que estamos con esos créditos”.

“Bueno, pero la plata. ¿Quién les da la plata Elena?”, insistió Bianchi.

“Nos lo da una empresa que se llama CORMOT. Es una concesionaria de autos. Ellos conocieron el barrio porque vinieron a construir una casita de madera. Y ahí ya habían oído hablar de nosotras entonces nos propusieron hacer los créditos”, coronó su explicación.

En ese momento, Romina y Bianchi se miraron y finalmente comprendieron que no se trataba de El banquito. Esto les generó más curiosidad y arremetieron con nuevas preguntas.

¿Cómo los devuelven Elena?”

“Cada 15 días”.

“¿Tienen interés los créditos?”

“Sólo el mínimo. Es porque ellos tienen una fundación, algo así que dan esos créditos”.

“Él te pregunta Elena” —le explicó Romina— “porque en el Ministerio tenemos un programa así que se llama El Banquito y que también da créditos, pero sin interés. Y también trabaja como Economía Solidaria que es en grupo como ustedes, entonces si hay que devolver por ejemplo \$100 todos los meses y una del grupo un mes no tiene los \$100 y les dice, ‘miren chicas, yo este mes no puedo’, entonces las otras verán de poner \$125 cada una para que se pague el crédito. ¿Se entiende?”

Claro que se entendía. Y, a juzgar por la manera en que Elena me empezó a codear mientras Romina explicaba el funcionamiento del programa, no solo se entendía sino que también resultaba interesante. Frente al entusiasmo manifiesto de las mujeres, Bianchi aprovechó y terminó de coronar la explicación haciendo gala de la gestión que representaba: “El sistema que tenemos nosotros en el ministerio, este que les contamos que se llama El Banquito, empezó creo que en Noruega. Y desde 2003 Argentina es el primer país del mundo en que se lo toma como política de Estado, es decir, que el Estado mismo otorga esos créditos como parte de sus políticas”.

Al terminar la reunión, Elena, Nancy y Luz acordaron con Bianchi que el ministerio se iba a acercar al barrio para comentarle al resto de las mujeres acerca del Banquito, de modo de concretar su implementación en Los Pinos. Este acercamiento ocurriría un par de semanas después, el 2 de diciembre de 2014, cuando Romina Rodríguez se acercó a la multitud de vecinas que se habían congregado en la casa de Elena esperando a “los del ministerio”.

A pesar del auspiciante comienzo, los créditos de El Banquito no aparecieron ni ese año, ni el siguiente. Sin embargo, lo que sí apareció fue el recelo de La Jauretche por el contacto que las mujeres habían iniciado con Bianchi y Rodríguez puesto que estos no solo eran funcionarios del Ministerio sino que, como dirigentes Kolina, constituían también una línea del kirchnerismo en virtual competencia con su organización. “Se molestaron porque vinieron de Kolina. Porque de La Jauretche no quieren que vengan de Kolina”, me explicó Elena entre susurros un día en medio de una reunión. Lo que me estaba dicien-

do es que a sus referentes de La Jauretche no les resultaba oportuno el contacto porque, de alguna manera, quitaba lealtad al vínculo que primariamente ellas habían creado. “[Mónica] me dijo que por qué había estado con ellos, que si yo era Jauretche, no podía dejar que ellos vinieran” —continuó Elena con la explicación a media voz—. “Es verdad que ellas han trabajado mucho en el barrio. Eso es verdad, por eso no quieren que les vengan a sacar lo que es de ellas”. Elena no parecía estar en desacuerdo con lo planteado por la representante de esta organización en Los Pinos. Con lo que no terminaba de acordar era con este reclamo de “exclusividad”: “Lo que pasa es que yo le expliqué a la Mónica; yo sí soy Jauretche, yo soy Jauretche hasta la muerte, pero mis vecinas no”, reflexionaba Elena en voz alta, no sin un dejo de amargura. “Y yo acá estoy haciendo cosas para el barrio, y a mí no me interesa de dónde seas, yo quiero que a mi barrio vengan todos los que quieren trabajar”, concluyó.

Frente a esta explicación, de La Jauretche acordaron en aceptar el vínculo de las mujeres con el ministerio, pero comenzaron a gestionar su propia movida: “me pidieron que elija a diez mujeres porque van a bajar cosas de nación, así les bajan”, me contó en el medio de otra reunión. Elena ya me había comentado acerca de esas cosas que *bajaban de nación*. Se trataba de equipamientos para microemprendimientos, como hornos para quienes hacían comida para vender; *freezers* para quienes tenían kioscos; máquinas de coser para aquellas que tenían talleres. Ella ya había visto en otras oportunidades cómo estas cosas llegaban a manos de sus compañeras de La Jauretche, pero nunca se animó a pedir porque asumía que era para personas que estaban desde hacía más tiempo. Además, no quería que piensen que ella estaba allí por interés. Así pues, cuando Mónica le pidió que eligiera para antes de fin de año a las mujeres que iban a acceder a estos beneficios, Elena se sintió reconfortada. “Ella me dijo que confiaba en mi criterio, que por eso me elegía”, le contaba Elena a una de sus vecinas. Y, orgullosa de que la hayan elegido a ella, agregaba: “¿por qué me ponen a mí? Porque saben que yo conozco, que trabajo. Saben que voy a dar a las que de verdad más necesitan”.

Ahora bien, lejos de ser una propuesta inocua, la llegada de *los hornos* —así se referían a las cosas que iban a bajar de Nación— causó revuelo entre las mujeres y abrió una crisis en el grupo que amenazó su unidad y continuidad. El *puterío*

—así lo denominaron Luz y Elena— se desató a raíz de cómo habían seleccionado a las beneficiarias. Claro que, siendo más de quince las mujeres que participaban del grupo estable, el problema se veía venir: necesariamente algunas iban a quedar afuera. Y las que así quedaron, no tardaron en quejarse. Elena, enfurecida por las críticas y demandas hacia su persona, no paraba de excusarse en la orden que le había dado Mónica: “ella me dijo que yo eligiera porque de La Jauretche confiaban en mi criterio. ¿Y sabes tú por qué? Porque yo me rompí el culo trabajando. ¡Si decido es porque me lo he ganado con mi trabajo!”.

El *puterío* se hizo notar inmediatamente. Las reuniones, numerosas durante los tres meses posteriores a que eligieran su nombre, comenzaron a decaer martes a martes. La fiesta de navidad, que había convocado el trabajo de muchas de las mujeres, también se vio opacada. Tanto así, que del grupo que lo organizaba, solo cinco aparecieron ese día. Y mientras tanto, los hornos que habían desencadenado el malestar, tardaban en aparecer. Según les habían avisado, alguien de Nación se iba a poner en contacto con ellas para recibir la documentación necesaria y coordinar la entrega. El 20 de diciembre era la fecha límite para que llegaran. Pero no llegaron.

Así pues, sin respuesta ni de CEAM ni del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y sin novedades acerca de “los hornos”, a principios del 2015 Elena volvió a contactarse con “el Techo”. Por casualidad, se cruzó con Guille, uno de los voluntarios con el que ella más había tratado cuando trabajaban con Las madres del barrio. Luego de reprocharle su desaparición, Elena le pidió que fuera a conocer el grupo de mujeres con el que estaba trabajando; grupo que entre ella y Luz habían logrado *reflotar* una vez que pudieron *correr a las quilombras*. Guille aceptó la invitación y se apersonó en el barrio junto con otro voluntario de la ONG. En la reunión, y frente a la insistencia de Elena, prometieron averiguar qué posibilidades tenía “el Techo” de volver a gestionar un programa de microcréditos como el que había gestionado en 2012. Así, cuando en marzo de 2015 volví a sumarme a las reuniones, las mujeres se mostraron entusiasmadas con la posibilidad de que esta ONG les otorgara finalmente los tan ansiados créditos que siempre parecían a punto de llegar, pero no llegaban —y no llegaron—.

Como señalan Fernández Álvarez, Quirós y Gaztañaga (2015: 17), practicar una mirada procesual de la política implica estar atentos tam-

bién a todas aquellas “instancias y acciones truncas”, es decir, aquellos proyectos que “fracasan” pero que analíticamente nos muestran que, “lejos de ser un ‘a pesar de’ son parte de las condiciones generativas” de los procesos que estudiamos. En este sentido, aún si mis interlocutoras no llegaron a conseguir los créditos por los que tanto trabajaron y que tanto interés les despertaban, detenernos en el proceso a través del cual intentaron gestionarlos, abre un abanico de acciones, tiempos y espacios fundamentales en su hacer política. Es decir, permite indagar en la dimensión social y políticamente “productiva” de ese *hacer* (Quirós, 2011: 277). Esta perspectiva nos permite iluminar la importancia de todas aquellas acciones que sucedieron “a la par, por intermedio y mientras tanto” las mujeres con las que trabajé negociaban su acceso, permanencia y ampliación de los microcréditos con diferentes organizaciones. Y, a la vez, posibilita indagar en todo aquello que sucedió a pesar —y a raíz— de que estos créditos no salieran.

En ese sentido, una de las cuestiones que pudimos observar a lo largo de estas páginas es que las prácticas políticas que desarrollan las mujeres de origen peruano en Los Pinos se insertan en experiencias y dinámicas enraizadas en organizaciones territoriales y políticas más amplias, que exceden la cuestión migratoria. Las políticas de microcréditos implementadas desde el Estado y las ONGs, pero también los *hornos* que *bajan* desde Nación, los reclamos de exclusividad y el *puterío* evidencian dicho anclaje, el cual tiene a los sectores populares como principal destinatario.

Así, la reconstrucción de esta trama política muestra cómo el ejercicio de gubernamentalidad se da de manera compartida —y, por momentos, disputada— entre todas las organizaciones que allí intervienen. Es de este modo que se va desplegando ese ‘arte de gobierno’ que marca las exigencias y requerimientos que mis interlocutoras deben cumplir, así como los límites de lo que pueden esperar. En ese sentido, sería interesante indagar en las implicancias simbólicas del prefijo ‘micro’. Incluso si no puedo desarrollar esta idea aquí, creo que resulta imprescindible indagar en esta dirección: ¿cómo es que las mujeres pobres solo pueden acceder a *micro*-créditos para *micro*-emprendimientos?

Sin embargo, las acciones que vimos desplegar a las mujeres en estas páginas muestran que las personas siempre hacen y deshacen productivamente esos marcos con los cuales se las interviene. En este caso, vimos cómo las mujeres res-

ponden creativamente a los límites que les marcan: van de una organización a otra; se “prestan” las figuras legales; negocian pertenencias. Es decir, desarrollan un conjunto de prácticas y discursos que aún “sin poner en cuestión el dispositivo (...), [disputan] el modo de llevarlo adelante” (Carenzo y Fernández Álvarez, 2011: 189). Y es en relación esto que la condición migratoria y el origen nacional de mis interlocutoras vuelve a aparecer, por momentos, permeando el desarrollo de sus prácticas. El tipo de emprendimientos que buscan financiar, el vínculo con organizaciones de migrantes y tipo de acciones que desarrollan para juntar fondos, plantean una especificidad que muestra cómo también el carácter migratorio se enraiza en las dinámicas políticas locales.

Consideraciones Finales

Basada en una perspectiva relacional de la política, en este artículo reconstruí el proceso a través del cual un grupo de mujeres peruanas que viven en la periferia urbana de la ciudad de Córdoba se avocó a acceder a distintos programas de microcréditos. El objetivo que animaba dicha reconstrucción era doble. Por un lado, me interesaba interrogar las modalidades de participación e involucramiento político de los migrantes en la ciudad de Córdoba. Por el otro, analizar los programas de microcréditos como un modo de intervención política sobre los sectores populares.

En relación al primer objetivo, busqué correrme de los supuestos que usualmente priman en los estudios sobre involucramiento político de migrantes, en tanto los recortes predefinidos que utilizan para acercarse a los fenómenos que abordan, terminan limitando sus reflexiones a las organizaciones caracterizadas como *de y para* mirantes. Por el contrario, priorizando un enfoque relacional, busqué sumergirme en las temáticas, espacios y prácticas que mis interlocutoras me marcaban. Advertí entonces que, lejos de las imágenes que esos trabajos retratan —en las cuales las organizaciones que estudian aparecen casi aisladas, como si por el hecho de reclamar únicamente por “cuestiones de migrantes”, quedarán al margen de cualquier otra institución que no fuese de esas características—, la trama en la que se insertan las experiencias de estas mujeres peruanas es variada, múltiple, dinámica. Y, fundamentalmente, que sus experiencias mucho tienen que ver con la política local puesto que se

encuentran enraizadas en organizaciones territoriales y políticas que exceden las demandas referidas a la cuestión migratoria.

Con respecto al segundo objetivo, fue el conjunto de organizaciones en las cuales se insertan las experiencias políticas de estas mujeres, y que con su trabajo construyen, aquello que nos remitió de diversas formas y por distintos caminos a la cuestión de los microcréditos. La posibilidad de conseguirlos era uno de los elementos que anudaba esta trama, dándole continuidad y sentido. Y esto se explica, como vimos, porque estas mujeres están tejiendo su red de relaciones políticas en un universo social y en un contexto político en el que los microcréditos y los microemprendimientos forman parte de un lenguaje socialmente compartido. Lenguaje que además nos habla de una estructura de organizaciones y una forma específica de intervención sobre la pobreza, compartida tanto por las ONG, como por el sector privado, organizaciones político-partidarias y el mismo Estado. Pudimos ver entonces cómo los funcionarios y los miembros de distintas organizaciones locales se interesan por entretenerse en la trama que reconstruyo. El involucramiento de estas mujeres en organizaciones partidarias y no partidarias se va produciendo en el marco de un proceso que no solo les interesa a ellas, sino también a sus interlocutores. Aunque, claro, esto plantea también ciertos requerimientos.

Siguiendo la lectura propuesta por Ferguson y Gupta (2002), analicé dichos requerimientos como un ejercicio de gubernamentalidad y mostré que la exigencia de grupalidad y la composición femenina de esos grupos pueden leerse como un resultado de dicho ejercicio. Sin embargo, mostré también como las mujeres responden creativamente a estos requerimientos. Así, frente a la pregunta por los modos en que se conjugan los lenguajes de estos programas con las necesidades, preferencias y disposiciones de mis interlocutoras, una de las cuestiones que este trabajo deja abierta tiene que ver con los procesos de subjetivación que ese encuentro va creando. Qué tipos de sujetos y subjetividades políticas construyen estos programas es una pregunta que este trabajo deja planteada.

Bibliografía

- Balbi, F. A. y Rosato, A. (2003). Introducción. En A. Rosato y F. A. Balbi, *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social* (pp. 11-27). Buenos Aires: Antropofagia.
- Bard Wigdor, G. (2013). *Poner la cara por tod@s. Prácticas de participación comunitaria de mujeres de Bajada San José*. (Tesis de Maestría en Trabajo Social no publicada). Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- Bolzman, C. (2009). Chilenos en Suiza: de una comunidad política a una comunidad de residentes. En A. Escrivá, A. Bermúdez y N. Moraes, *Migración y participación política: estados, organizaciones y migrantes latinoamericanos en perspectiva local-transnacional*. Madrid: CSIC.
- Canevaro, S. (2006). Experiencias individuales y acción colectiva en contextos migratorios. El caso de los jóvenes peruanos y el ingreso a la Universidad de Buenos Aires. En: A. Grimson y E. Jelin, *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Canelo, B. (2013). *Fronteras internas: Migración y disputas espaciales en la ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Cantor, G. (2013). Entramados de clase y nacionalidad: Capital social e incorporación política de migrantes bolivianos en Buenos Aires. *Migraciones internacionales*, 7, (197-234).
- Carenzo, S. y Fernández Álvarez, M. I. (2011). El asociativismo como ejercicio de gubernamentalidad: "cartoneros/as" en la metrópolis de Buenos Aires. *Argumentos*, 24 (65), (171-193).
- Castelnuovo, N. (2010). La participación política de las mujeres guaraníes en el noroeste argentino. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 24 (41), (223-241).
- Cherubini, D. (2010). *Llegar a ser ciudadanas. Ciudadanía y prácticas participativas de las mujeres migrantes en Andalucía*. Granada: EUG.
- Courtis, C. y Paccecca, M. I. (2007). Migración y derechos humanos: una aproximación crítica al "nuevo paradigma" para el tratamiento de la cuestión migratoria en la Argentina. *Revista Jurídica de Buenos Aires*, 134, (183-200).
- Courtis, C. y Paccecca, M. I. (2010). Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Papeles de Población*, 16, (155-185).
- Escrivá, A. (2013) La doble participación política de los peruanos en España durante la primavera de 2011. *Temas de antropología y migración*, 5, (7-33).
- Falcón, M. C. y Bologna, E. (2013). Migrantes antiguos y recientes: Una perspectiva comparada de la migración peruana a Córdoba, Argentina. *Migraciones Internacionales*. 7 (1), (235-266).
- Ferguson, J. y Gupta, A. (2002). Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality. *American Ethnologist*, 29(4), (981-10).
- Fernández Álvarez, M. I. (2014). La política colectiva como problema antropológico: reflexiones desde el estudio de las cooperativas de trabajo como categorías de la práctica. *QueHaceres*, 1, (25-36).
- Fernández Álvarez, M. I., Quirós, J. y Gaztañaga, J. (2015). Tres etnografías de procesos políticos y un experimento de encuentro conceptual. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani. Disponible en: http://diferencias.com.ar/congreso/ICLTS2015/ponencias/Mesa%2016/ICLTS2015_Mesa16_Gaztanaga.pdf. - [22 de abril de 2016].
- Franzoni, J. y Rosas M. (2006). Migración internacional y prácticas políticas transnacionales: agentes

- de cambio en dos comunidades rurales. *Estudios Sociológicos*, XXIV (1), (221-241).
- Gallinati, C. (2015a). Vivir en la villa y luchar por la vivienda. O sobre una de las formas de ser migrante en la ciudad de Buenos Aires. *Odisea. Revista de Estudios Migratorios*, 2, (51-78).
- Gallinati, C. (2015b). ¿Cómo salvar a los migrantes de los migratólogos? *Sobre etnografía, interdisciplinaridad, Estudios Subalternos y otras herramientas para el rescate*. Disponible en: <http://www.cea.unc.edu.ar/agenda/2015/gallinati-2015.pdf>. - [22 de abril de 2016].
- Gallinati, C. (2014). Migración, vivienda e integración regional: Un abordaje desde la villa miseria. (Tesis de Doctorado no publicada). Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Grimson, A. (2006). Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires. En C. Ferraudi Curto, A. Grimson, y R. Segura, *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 11-40). Buenos Aires: Prometeo.
- Halpern, G. (2011). Migración y ciudadanía política. Debates victorias y derrotas. En C. Pizarro, *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate*. Buenos Aires: CICCUS.
- Isin, E. (2009). Citizenship in flux. The figure of the activist citizen. *Subjectivity*, 29 (1), (367-388).
- Karim, L. (2008). Demystifying micro-credit the Grameen Bank, NGOs, and neoliberalism in Bangladesh. *Cultural Dynamics*, 20(1), (5-29).
- Koberwein, A. (2011a). El mito del crédito para los pobres: el mitocrédito. Análisis de la producción de una 'nueva' forma para erradicar la pobreza. *Revista del Museo de Antropología*, 4, (283-294).
- Koberwein, A. (2011b). Consumo y dinero: transacciones legítimas, acuerdos y conflictos interpersonales en un programa de microcréditos. *Runa*, XXXI (2), (185-202).
- Koberwein, A. y Doudtchitzky, S. (2006). Los rituales de un banco. Un análisis etnográfico de los valores de una política social. *Anuario de estudios en Antropología Social*, (139-150).
- Lazar, S. (2004). Education for Credit Development as Citizenship Project in Bolivia Educating. *Critique of Anthropology*, 24(3), (301-319).
- Litman, L. (2014). La gestión cotidiana de préstamos de una ONG. Apuntes etnográficos para el análisis de las políticas públicas. *Revista Kula*, 10, (29-39).
- Manzano, V. (2008). Etnografía de la gestión colectiva de políticas estatales en organizaciones de desocupados de La Matanza -Gran Buenos Aires-. *Runa*, 28, (77-92).
- Mezzadra, S. (2005) *Derecho de fuga: Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Moraes, N. (2009) El voto que el alma no pronuncia: un análisis de las movilizaciones y los discursos sobre el derecho al voto de los uruguayos en el exterior. En A. Escrivá, A. Bermúdez y A. Moraes, *Migración y participación política. Estados, organizaciones y migrantes latinoamericanos en perspectiva local-transnacional*. Madrid: Polyteia.
- Pizarro, C. (2009) "Ciudadanos bonaerenses-bolivianos": Activismo político binacional en una organización de inmigrantes bolivianos residentes en Argentina. *Revista Colombiana de Antropología*, 45 (2), (431-467).
- Perera, M. y Velázquez, C. (2013). Impacto del programa de regularización migratoria 'Patria Grande' en Argentina. *Estudios Económicos*, 30 (61), (43-69).
- Perissinotti, M. V. (2016). *Un lugar donde vivir*. Las luchas migrantes por el acceso al espacio urbano en la ciudad de Córdoba (Argentina). *REMHU*, 47, (59-76).

- Quirós, J. (2014). Neoaluvión zoológico: Avatares políticos de una migración de clase. *Cuadernos de antropología social*, 39, (9-38).
- Quirós, J. (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires: una antropología de la política vivida*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Sassen, S. (2003). *Contra geografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Sassone, S. y Mera, C. (2007). Barrios de migrantes en Buenos Aires: Identidad, cultura y cohesión socioterritorial. *Las relaciones triangulares entre Europa y las Américas en el siglo XXI: expectativas y desafíos*. s/d. Disponible en: http://www.reseau-amerique-latine.fr/ceisal-bruxelles/MS-MIG/MS-MIG-1-Sassone_Mera.pdf [6 de mayo de 2016].
- Vaccotti, L. (2014). Migraciones, espacio y política. Perspectivas teóricas para el abordaje del rol del Estado en la “lucha por la vivienda” (Ciudad de Buenos Aires, 2001-presente). *Estudios Sociales Contemporáneos*, 11, (38-50).
- Varela Huerta, A. (2013). *Por el derecho a permanecer y a pertenecer: Una sociología de las luchas de migrantes*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Notas

- ¹ Algunos nombres propios de lugares, organizaciones y personas han sido modificados para preservar su anonimato. Solo utilizo nombres reales en los casos en que mis interlocutores explícitamente me manifestaron su acuerdo o cuando me refiero a funcionarios que, por su rango, serían de cualquier manera identificables.
- ² Las palabras señaladas en *itálicas* corresponden a categorías nativas utilizadas en el texto fuera de su contexto original de enunciación.
- ³ Las dificultades para acceder a una vivienda constituyen una problemática común a los migrantes limítrofes y de Perú en la Argentina contemporánea. En este contexto, se da una concentración de migrantes específicamente en villas y asentamientos, “territorios de relegación en los que [esta] población (...) se encuentra sobre-representada” (Vaccotti, 2014:48). Sobre este tema, consultar también: Gallinati (2014 y 2015a); Sassone y Mera (2007).
- ⁴ Los trabajos de Carla Gallinati y Luciana Vaccotti, referidos anteriormente, constituyen una interesante excepción a este planteo. Ver también Canelo (2013).
- ⁵ Vigente entre el 2006 y el 2009, el programa “Patria Grande” constituía la segunda etapa del Programa de Normalización Documentaria Migratoria que el estado nacional había comenzado en 2004 y cuyo objetivo era la regularización de la situación de aquellos inmigrantes provenientes del MERCOSUR.
- ⁶ Recientemente renombrado, por un “cambio de marca”, Techo —a secas—, fue a través de esta organización, de la cual participé como voluntaria ese año, que me acerqué por primera vez al barrio.
- ⁷ CPC son las siglas para Centro de Participación Comunal. Dependientes del estado municipal, se distribuyen a lo largo de la ciudad once de estos centros, nucleando una importante cantidad de barrios —mayormente de sectores empobrecidos—. Allí se pueden realizar trámites administrativos (fundamentalmente, acceso a documentación y registro en planes sociales) y gestionar diversas cuestiones referidas a problemáticas barriales. Por su parte, Villa El Libertador es uno de los barrios ‘populares’ más grandes e históricos de la ciudad de Córdoba. Es del CPC ubicado en este barrio aquel del que depende Los Pinos.
- ⁸ Esta organización reconoce como referente a Alicia Kirchner quien en el momento de esta reunión era además la ministra de la misma cartera que Bianchi, pero a nivel nacional.

